

## DOMINGO III DE PASCUA (CICLO A)

En el evangelio de este domingo volvemos a encontrar la íntima relación que existe entre Jesús resucitado y la Eucaristía.

Los discípulos, que caminaban tristes, no supieron reconocer al Señor en el desconocido que se les acercó, pero que tomaron conciencia de su persona «al partir el pan». La invitación que le hacen, «quédate con nosotros», expresa el anhelo de los cristianos, que queremos que Jesús permanezca con nosotros en todos los avatares de la vida. Los discípulos de Emaús caminan tristes porque les parece que tienen que recorrer la vida solos, sin Jesús. Es lo que ellos piensan.

La muerte de Jesucristo en la cruz les ha llevado a pensar que el Señor, el único capaz de llenar plenamente de sentido sus vidas, ya no está. Entonces su conversación, a pesar de ser sobre temas religiosos y de fe, no les enciende el alma. Hablan de Cristo, pero sin Cristo. Lo mismo puede sucedernos a nosotros al hablar de Dios en las conversaciones, la catequesis o la predicación, si hacemos un discurso meramente humano en el que Dios no interviene.

La situación cambia cuando en ese diálogo interviene Jesucristo.

Los discípulos confesarán después admirados: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Uno de los criterios para discernir si lo que aprendemos en las catequesis, lo que leemos en los libros, lo que escuchamos en las predicaciones o en los momentos de formación, tienen sintonía verdadera con Dios, es comprobar si nos mueve a ir al Sagrario y alimenta nuestra oración, si hace arder nuestro corazón. Porque el Evangelio no se nos ha dado para ser material de estudio o de conferencias, sino para nuestra salvación.

Al llegar a la aldea, Jesús hace ademán de pasar de largo, pero los dos hombres le insisten para que se quede. Simbólicamente podríamos decir que esto es lo que sucede en todo hombre al que se le anuncia la fe. Debe hacer pasar lo que se le enseña de la inteligencia al corazón.

Los discípulos pasan de la catequesis a la celebración. Ambos elementos siguen siendo imprescindibles en la vida de la Iglesia y lo serán hasta el fin de los tiempos. Hay que anunciar y hay que celebrar. Y cuando Jesús parte el pan, lo reconocen, y entonces desaparece visiblemente, pero Jesús sigue estando presente bajo las formas eucarísticas, y quiere que le reconozcamos precisamente ahí.

Y entonces, esos discípulos, que estaban cansados, que habían sentido el frío de la noche y se iban a retirar, se levantan inmediatamente para recorrer el mismo itinerario hacia Jerusalén, pero de una manera nueva. Ahora ya saben que Jesús va a estar con ellos en todos los momentos de su vida. No ha desaparecido, sino que se ha quedado con ellos para siempre.

Lo que los discípulos pidieron desde su condición humana, «quédate con nosotros», oración que está en el corazón de todo hombre que busca a Dios, Jesús lo cumple con abundancia y permanece para siempre con su iglesia.

Que la Virgen Santísima nos ayude a descubrir la presencia de su Hijo en cada Eucaristía, en cada Sagrario, y en cada momento de la vida.